

Craig
Silvey
Jasper
Jones



A sus trece años, Charles Butkin no es precisamente uno de los chicos más populares de Corrigan, un pequeño y conservador pueblo en la Australia de mediados de los años sesenta. No es demasiado bueno jugando al cricket y su afición favorita es devorar los libros de la surtida biblioteca de su padre, en especial los de autores como Mark Twain y Harper Lee.

En una de las noches más calurosas de verano, Charlie oye que alguien llama con insistencia a su ventana. Se trata de Jasper Jones, un muchacho mestizo, marginado por la mayoría de los habitantes de Corrigan, que ha venido en su busca para revelar un terrible descubrimiento. Sólo Charlie conoce el secreto de Jasper, un secreto que cambiará por completo su hasta entonces plácida vida.

A lo largo de aquel asfixiante verano de 1966, Charlie conocerá las bajezas de la raza humana, sus miedos, su odio, sus mentiras e hipocresías, descubrirá el mundo imperfecto de los adultos, en el que la maldad, los prejuicios y el racismo apenas dejan espacio a las buenas intenciones.

Pero será también testigo del extraordinario poder de la amistad y del amor, en un camino de aprendizaje y madurez que lo llevará a perder para siempre la inocencia de la infancia.

I

Jasper Jones ha venido a mi ventana.

No sé por qué, pero lo ha hecho. Puede que se haya metido en algún problema. Puede que no tenga ningún otro sitio al que ir.

De cualquier manera, me acaba de dar un susto de muerte.

Este verano es el más caluroso del que tengo memoria, y el denso calor parece filtrarse por las paredes de mi habitación y quedarse aquí estancado. Es como estar en el núcleo de la Tierra. El único alivio proviene del aire fresco que se cuela entre las delgadas lamas de la ventana. Resulta casi imposible dormir, de modo que me paso las noches leyendo bajo la luz de una lámpara de queroseno.

Esta noche igual. Pero cuando de repente Jasper Jones ha llamado con los nudillos a la ventana y ha susurrado mi nombre, no he podido evitar dar un brinco en la cama, tirando con ello mi ejemplar de *Wilson, el Chiflado* al suelo.

—¡Charlie! ¡Charlie!

Al momento, me he arrodillado como un esprinter, alerta y temeroso.

—¿Quiénes?

—¡Charlie! ¡Sal!

—¿Quién es?

—¡Soy Jasper!

—¿Cómo? ¿Quién?

—Jasper. ¡Jasper! —Y ha acercado su rostro a la luz, dejando a la vista sus ojos verdes y salvajes. Me lo he queda-

do mirando con los ojos entornados.

—¿Cómo? ¿De verdad? ¿Qué sucede?

—Necesito tu ayuda. Sal un momento y te lo explicaré —ha susurrado.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¡Por el amor de Dios, Charlie! ¡Date prisa! Sal de una vez.

De modo que aquí está.

Jasper Jones está en mi ventana.

Sobresaltado, me subo encima de la cama y extraigo las polvorientas lamas de cristal, que dejo apiladas sobre el cojín. Rápidamente me pongo unos vaqueros y, de un sopli-do, apago la lámpara. Al sacar la cabeza por la ventana, noto algo invisible que tira de mis piernas. Ésta es la primera vez que me atrevo a salir a hurtadillas de casa. La excitación, junto con el hecho de que Jasper Jones necesite mi ayuda, confiere algo portentoso al momento.

Mi salida por la ventana viene a ser el nacimiento de un potrillo. Me caigo, torpe y desgarbado, directamente sobre la cama de gerberas de mi madre. Me pongo rápidamente en pie y simulo que no me he hecho daño.

Esta noche hay luna llena, y está todo muy tranquilo. Probablemente, los perros del vecindario tienen demasiado calor para mostrar su alarma con ladridos. Jasper Jones está de pie en medio de nuestro patio trasero. No deja de cambiar su peso de una pierna a otra como si el suelo estuviera ardiendo.

Jasper es alto. Sólo tiene un año más que yo, aunque aparenta ser mucho mayor. Es de constitución enjuta pero atlética. Su complexión y sus músculos ya se han empezado a desarrollar. Lleva el pelo hecho un andrajo de mechones desiguales. Está claro que se lo corta él mismo.

La ropa que viste se le ha quedado pequeña. La camisa, abotonada hasta arriba y sucia, parece a punto de reventar, y lleva los pantalones cortados justo por debajo de la rodilla. Va sin zapatos. Parece el náufrago de una isla desierta.

Da un paso hacia mí. Yo, uno atrás.

—Muy bien. ¿Estás listo?

—¿Cómo? ¿Listo para qué?

—Ya te lo he dicho. Necesito tu ayuda, Charlie. Vamos.

—No para de mover los ojos de un lado a otro. Yo retrocedo todavía más.

Estoy excitado y asustado. Me gustaría dar media vuelta y volver a introducirme por el culo de caballo del que he salido, y permanecer sentado a salvo en el cálido útero de mi habitación. Pero se trata de Jasper Jones, y es él quien ha venido a mí.

—Está bien. Un momento —digo, advirtiendo que todavía voy descalzo.

Me dirijo entonces hacia la escalinata trasera, donde se encuentran mis sandalias, cepilladas y perfectamente alineadas. Mientras me las pongo, me doy cuenta de que esto, el hecho de ponerme este calzado de mariquita, es la primera acción afeminada que llevo a cabo, y apenas me ha llevado un momento cometerla. Así pues, decido regresar junto a él caminando con toda la masculinidad de la que soy capaz, lo cual incluso a la luz de la luna debe de hacerme parecer algo así como un pollo artrítico.

Escupo y me sorbo la nariz.

—Muy bien, ¿estás preparao? ¿Listo?

Jasper no me responde. Simplemente se da media vuelta y se pone en marcha.

Yo voy tras él.

Saltamos la valla trasera de mi casa y bajamos la colina en dirección a Corrigan. Las casas están cada vez más y más juntas hasta que se terminan de golpe al llegar al centro del pueblo. A estas horas, la arquitectura del lugar tiene un aspecto desolado y desteñido. Es como si deambuláramos por una postal. Hacia el margen oriental del pueblo, pasada la estación de tren, las casas vuelven a surgir y avanzamos en silencio bajo farolas que iluminan patios y jardines. No tengo ni idea de adónde vamos. Cuanto más

nos alejamos, más crece mi aprensión. Aun así, hay algo envalentonador en estar despierto mientras el resto del mundo duerme. Como si supieras algo que los demás desconocen.

Seguimos caminando durante una eternidad, pero no hago preguntas. Ya algo lejos del pueblo, pasado el puente y la parte ancha del río Corrigan, llegamos al distrito agrícola, y Jasper se detiene un momento para meterse un cigarrillo en la boca. Sin decir nada, me ofrece el maltrecho paquete. Yo nunca he fumado. Aunque la verdad es que tampoco antes me lo habían ofrecido. Siento una oleada de pánico. Con la intención de declinar su oferta pero al mismo tiempo impresionarle, por alguna razón decido llevarme las palmas de las manos al estómago y resoplar con las mejillas hinchadas mientras niego con la cabeza, como sugiriendo que esa tarde ya me he fumado muchos y que ahora estoy demasiado lleno.

Jasper enarca una ceja y se encoge de hombros.

Se da media vuelta y apoya la cadera contra un poste. Mientras Jasper le da caladas a su cigarrillo, yo miro a nuestro alrededor y entonces reconozco dónde estamos. No puedo evitar dar un paso atrás. Aquí, bajo la fantasmal luz de la luna, atisbo la destartalada casa del Loco Jack Lionel. Rápidamente me vuelvo hacia Jasper. Espero que no sea éste nuestro destino. El Loco Jack es un personaje objeto de muchas especulaciones y rumores por parte de los niños de Corrigan. Aunque en realidad ninguno lo ha llegado a ver nunca. A veces algún fanfarrón ha asegurado habérselo encontrado, pero rápidamente se demuestra que se trataba de una mentira. Ahora bien, todos los chismorreos y rumores giran alrededor de un único hecho irrefutable: Jack Lionel mató a una joven hace algunos años, y desde entonces no ha vuelto a salir de su casa. Ninguno de nosotros conoce las auténticas circunstancias del acontecimiento, pero nuevas teorías surgen con regularidad. Por supuesto, el alcance y la naturaleza de sus crímenes han ido a peor con el

tiempo, lo cual no ha hecho sino añadir más paja al montón, y esconder la aguja todavía más profundamente. A medida que el tamaño del mito va en aumento, también lo hace nuestro miedo al loco asesino que se esconde en esta casa.

Una popular prueba de valentía en Corrigan es robar algo de la propiedad del Loco Jack Lionel. De la extensión de hierba descuidada y seca de su patio delantero se sus-traen con prisas y orgullo rocas y flores y escombros varios que luego se examinan con asombro. Lo más difícil y reverenciado es hacerse con un melocotón del árbol que crece a un flanco de la casa cual mano de zombi surgiendo de la tierra. Hurtar y comerse un melocotón de la propiedad del Loco Jack Lionel le asegura a uno la inmediata pertenencia a la realeza. El hueso de la fruta se conserva luego a modo de souvenir del heroico acto, y es universalmente admirado y envidiado.

Me pregunto si estamos aquí para robar un melocotón cada uno. Espero que no. Aunque no me disgusta la idea de aumentar mi estatus, lo cierto es que nací sin velocidad ni valentía, cosas esenciales para la operación. Además, incluso si milagrosamente consiguiera hacerme con uno, estoy seguro de que nadie, ni siquiera Jeffrey Lu, me creería.

Advierto que Jasper está contemplando atentamente la casa. Tira la ceniza y aplasta la colilla de su cigarrillo.

—¿Es esto? ¿Es éste nuestro destino? —le pregunto entonces.

Jasper se vuelve.

—¿Cómo? No. No, Charlie, sólo me he detenido un momento pa fumarme un cigarrillo.

Intento disimular mi alivio mientras ambos observamos la propiedad de Lionel.

—¿Crees que es verdad? —pregunto.

—Sí, creo que sí. La mayoría de las cosas que la gente dice son chorrás, pero creo que sí está loco.

—Fijo que sí —digo, y vuelvo a sorberme la nariz y escupir al suelo—. Del todo.

—Yo lo he visto, ¿sabes? Un montón de veces. —Jasper lo dice con tal soltura que le creo. Me lo quedo mirando con una sonrisa.

—¿De verdad? ¿Qué aspecto tiene? ¿Es alto? ¿Es cierto que tiene una larga cicatriz en la cara?

Pero Jasper se limita a echar tierra con el pie sobre el cigarrillo y da media vuelta como si no me hubiera oído. Volvemos a ponernos en marcha.

—Hala, vamos —dice él.

Y yo le sigo, arrastrando los pies.

Nos reencontramos con el río. Durante un rato, seguimos sus maltrechas riberas hacia el este. Ninguno de los dos dice nada. Bajo la plateada luz de la luna, los cayeputis y los eucaliptos que nos envuelven tienen un aspecto inquietante y etéreo, y de repente me sorprende a mí mismo intentando no alejarme demasiado de Jasper.

Cada vez reconozco menos el paisaje. A medida que el río se estrecha, sus márgenes resultan más intransitables por la cantidad de pequeños arbustos que cubren las orillas. Pronto nos vemos obligados a avanzar por angostos senderos de canguros que se alejan del agua.

El paso de Jasper es amplio y enérgico. Yo voy detrás, observando cómo los músculos de sus pantorrillas se tensan en la penumbra. Su seguridad y presencia hacen que resulte fácil seguirle. Todavía tengo miedo, claro está, pero algo en el hecho de permanecer dentro de su burbuja resulta reconfortante. Confío plenamente en él, a pesar de no tener razón alguna para ello, y de que somos pocos los que lo hacemos.

Jasper Jones tiene una pésima reputación en Corrigan. Es un ladrón, un mentiroso, un maleante, un truhán. Vago e informal. Asilvestrado y huérfano, o casi. Su madre está

muerta y su padre no es buena pieza. Jasper es el modelo que los padres utilizan como advertencia: «Así es como terminarás si te portas mal». Jasper Jones es el ejemplo de adonde te pueden llevar una mala aptitud y actitud.

En todas las familias de Corrigan, él es la primera persona a quien se echa las culpas de cualquier problema. Sea cual sea la fechoría, y por clara que sea la culpa de sus propios hijos, los padres inmediatamente les preguntan a éstos: «¿Estabas con Jasper Jones?». Y, claro está, las más de las veces, los niños mienten y dicen que sí. Y lo hacen porque la presencia de Jasper Jones supone su inmediata absolución. Significa que les han llevado por el mal camino. Que han sido embaucados por el diablo. Y cuando el caso se cierra, el mensaje es simple: «Mantente alejado de Jasper Jones».

Oí que la gente describía a Jasper Jones como mestizo, algo que yo no logré entender hasta que una noche se me ocurrió mencionarlo en casa mientras cenábamos. Mi padre es un hombre sereno y razonable, pero esas palabras hicieron que dejara a un lado los cubiertos y se me quedara mirando por detrás de sus gafas de gruesa pasta negra. Me preguntó si entendía lo que acababa de decir. Le dije que no. Él se relajó y me lo explicó.

Esa misma noche vino a mi habitación con un montón de libros y me ofreció lo que yo más quería en esta vida: permiso para leer lo que quisiera de su biblioteca. Las hileras y pilas de novelas de mi padre me habían maravillado desde que me enseñó a leer, pero siempre era él quien escogía los libros que creía adecuados. De modo que para mí se trató de una ocasión importante, y estaba claro que para él también era algo significativo. Sin embargo, no pude evitar preguntarme si lo hacía porque pensaba que yo estaba creciendo, o porque le preocupaba que Corrigan me estuviera arrastrando a cosas que le inquietaban.

Sea como fuere, algo prohibido había dejado de serlo. Para empezar, me dio una pila de libros de autores sureños

encuadernados en cuero. Welty, Faulkner, Harper Lee, Flannery O'Connor. La mayoría de los volúmenes, sin embargo, eran de Mark Twain. Debía de haber una docena de sus novelas.

Mientras los depositaba con cuidado sobre mi escritorio, mi padre me dijo que Twain era la razón por la que enseñaba literatura. Me dijo que no había nada que no pudiera enseñarte, y nada sobre lo que no tuviera una opinión. Me dijo que Twain era un consejero tan sabio como el que más, y que si todos los hombres leyeran al menos uno de sus libros en algún momento de su vida, el mundo sería un lugar mucho mejor.

Tal y como a veces solía hacer, colocó su pulgar sobre el remolino de mi pelo, y me acarició la cabeza mientras me ofrecía una sonrisa.

Eso sucedió en invierno. Y desde entonces ya me he leído la mitad de los libros. Entiendo por qué los escogió. El de Harper Lee es el que más me ha gustado, pero a mi padre le he dicho que *Huckleberry Finn* es mi favorito. Empecé *El ruido y la furia*, pero tuve que dejarlo. Para ser honesto, no tengo ni idea de qué iba. Pero tampoco quise preguntárselo a mi padre. No quería que pensara que no era suficientemente inteligente.

Porque eso es lo único con lo que siempre he podido contar. Corrigan es un pueblo cuya moneda de intercambio social es el deporte. Eso es lo que todos los chicos consideran propio. La mayoría de la gente trabaja en la mina, y el resto lo hace en la planta eléctrica, lo cual significa que no hay demasiada división de clases. Así, en vez de en la ropa que llevan o el coche de sus padres, los chicos han establecido una jerarquía basada en su habilidad con la pelota. A mí se me dan fatal los deportes, y en clase soy mejor que los demás, lo cual no hace sino reportarme ira y resentimiento cuando nos entregan las notas. Al menos, sin embargo, tengo algo que me sitúa por encima de ellos, aunque se trate de un consuelo un poco solitario.

Por supuesto, eso también significa que básicamente me ignoran. La cosa todavía es peor para Jeffrey Lu, mi mejor y único amigo, que es más joven, más menudo y, para ser sincero, más inteligente que yo. A Jeffrey lo han adelantado un año y, aparte de Eliza Wishart, es mi principal rival para la consecución de la primacía en clase. Pero no me importa que ninguno de los dos forme parte de esta competición. Menos todavía en el caso de Eliza.

Los padres de Jeffrey son vietnamitas, de modo que el acoso y las palizas de los chicos de la escuela son constantes. Probablemente lo tiene peor que Jasper. Pero lo lleva todo sorprendentemente bien, lo cual suaviza un poco la culpa que siento, pues nunca he tenido el suficiente valor para intervenir. Jeffrey es imperturbable. Tiene una sonrisa que no puedes borrar de su rostro por mucho que le pegues o acosos. Y, a diferencia de mí, nunca se rebaja por servilismo o despecho. En cierto modo, tiene más confianza en sí mismo que todos esos vindicativos bastardos con huesos de melocotón en los bolsillos. Pero eso nunca se lo diré.

Cuando Jasper Jones se detiene y me coge del hombro, me sobresalto como si una descarga eléctrica sacudiera mi cuerpo. Me subo todavía más el puente de las gafas sobre la nariz y permanezco a la espera. Jasper aparta las ramas de un arbusto y me hace pasar. Vamos a abandonar el sendero. Yo vacilo.

—¿Adónde vamos? ¿Para qué me necesitas?

—Ya queda poco, Charlie. Ahora lo verás.

Le creo. He de hacerlo. He ido demasiado lejos. Si me dejara aquí y ahora, no sabría cómo regresar.

Ya no se oye el río, y el manto de hojas que hay encima de nuestras cabezas nos ha robado la luz de la luna. A medida que avanzamos, me resulta más difícil imaginar qué tipo de ayuda puede necesitar Jasper. No entiendo qué ha-

bilidad mía le puede resultar útil. Es una extraña coalición la que formamos Jasper Jones y yo. Nunca antes habíamos hablado. Me sorprende incluso que sepa mi nombre, y no digamos ya dónde vivo. Rara vez viene a la escuela, sólo lo suficiente para poder jugar al fútbol. Apenas le he visto algunas veces desde lejos, así que no puedo evitar regocijarme en esta sensación de inclusión. Mentalmente, ya estoy componiendo el relato que le contaré a Jeffrey.

Ahora nos encontramos en medio de un denso matorral. La calma es absoluta. Jasper todavía no ha dicho una palabra a no ser que yo le haya preguntado, y sus respuestas no han sido más que bruscas evasivas. A pesar de la ausencia de puntos de referencia, parece saber exactamente adonde se dirige, cosa que agradezco. Yo le sigo de cerca, cual leal perro sin correa. Mi excitación va en aumento. Me pregunto si mis padres me habrán oído al marcharme. No estoy seguro de lo que harían si encontraran mi habitación vacía. Las sábanas arrebuajadas, la cama sin ocupante, las lamas de la ventana apiladas. Pensarían que me han llevado. Que me han secuestrado. Nunca creerían que me he marchado por mi propia voluntad. Se trata, con mucho, de mi peor transgresión. O, más bien, de mi única transgresión. Y si me pillan, probablemente seré el único chico en Corrigan que podrá decir sin faltar a la verdad que Jasper Jones le ha llevado por el mal camino.

Cada vez va más rápido. Al andar; las ramas y los matorrales me golpean con más fuerza. Los helechos me arañan los brazos. No me quejo. Me limito a ajustar mi velocidad a la suya. Nuestros pies comparten el mismo ritmo militar. Estoy sudando.

Entonces Jasper Jones se detiene.

Aquí mismo. Al pie de un enorme y viejo *jarrah*. La circunferencia del árbol es verdaderamente asombrosa. No puedo evitar levantar la mirada para ver hasta dónde llega la copa. Puedo sentir cómo me palpita el pulso en las sienes. Estoy resollando. Tengo que limpiarme las gafas.

Cuando vuelvo a bajar la mirada, advierto que Jasper Jones me está mirando. No puedo identificar su expresión. Es como si estuviera a punto de saltar de un lugar muy alto. Ladeo la cabeza y de repente siento mucho miedo. Mi excitación se ha visto usurpada por una espantosa aprensión. Algo va mal. Algo ha ocurrido. Apoyo el peso sobre los talones. Ya no quiero estar aquí.

Se dirige hacia una enramada que hay a la izquierda del *jarrah* gigante.

—Está aquí detrás —dice.

—¿Cómo? ¿El qué?

—Ya lo verás, Charlie. Joder. Desearás no haberlo hecho, pero lo verás. Aunque todavía estás a tiempo... ¿Estás seguro de que me vas a ayudar?

—¿No puedes decirme de qué se trata? ¿Qué hay ahí detrás?

—No puedo. No puedo, tío. Pero puedo confiar en ti. Creo que puedo confiar en ti.

No es una pregunta, pero lo parece.

Y creo que si hubiera sido cualquier otra persona, habría retrocedido e, inmediatamente, dado media vuelta. Nunca habría agachado la cabeza para abrirme paso a través de esa enramada, y sus flores doradas no habrían aterrizado sobre mi pelo cual confeti. Nunca me habría cogido al rugoso tronco del árbol para no tropezar. Nunca habría echado a un lado su follaje. Y nunca habría vuelto a alzar la cabeza para ver este claro de tierra. Nunca habría mirado más allá de Jasper Jones para descubrir su secreto.

Pero no doy media vuelta. Me quedo aquí. Sigo a Jasper Jones.

Y lo veo.

Y ya nada vuelve a ser lo mismo.

El mundo se resquebraja y empieza a dar vueltas y a temblar.

Grito, pero se trata de unos gritos ahogados. No puedo respirar. Me siento como si estuviera debajo del agua. Aho-

gándome y sin poder oír nada. Jasper Jones me tapa la boca con una mano y con la otra me rodea los hombros, atrayéndome hacia él. Mis caderas retroceden, intentando huir lejos, lejos, lejos de aquí, pero los pies se me han quedado clavados al suelo del claro. Afortunadamente, las lágrimas me nublan los ojos y lo oscurecen todo. Pero un parpadeo los limpia, y entonces vuelve a aparecer ante mí. Jasper me sujeta con fuerza. Sostiene mi delgado cuerpo con facilidad. Es horrible. Demasiado horrible para poder decir nada.

Es una chica.

Es una chica vestida con un sucio camisón de color crema. Muy pálida. A la luz de la luna puedo ver que tiene arañazos en los brazos. Y en las pantorrillas. Y la cara manchada y llena de moratones y sangre. Y su cuerpo cuelga por el cuello de una gruesa cuerda atada a la rama de un eucalipto plateado. Está inmóvil. Mustia y sin vida. Con los pies descalzos y doblados hacia dentro. Y el largo pelo atrapado por el prieto nudo. Tiene la cabeza echada a un lado, como si fuera un objeto de arte bíblico. Se la ve decepcionada y triste. Como derrocada.

No puedo apartar la mirada. Jasper en cambio no puede mirar. Me sujeta así, dándole la espalda a la chica, absorbiendo mis movimientos hasta que me quedo quieto. Respiro muy agitadamente. Y tiemblo. No lo entiendo. Él lo sabía. Lo sabía y me ha traído aquí. Para ver a una chica colgando de un árbol. Muerta. Está muerta, Jasper me suelta el hombro mientras yo empiezo a hablar. Apenas me tengo en pie.

—¿Quién es?

Jasper Jones tarda en responder.

—Laura Wishart. Es Laura.

Tardo un momento en reaccionar.

—Oh, Dios. Oh, Dios mío. Es verdad. Es ella.

—Sí —dice Jasper en voz baja.

Ahora la observa. Por el rabillo del ojo puedo ver cómo niega lentamente con la cabeza. Se le ve tan delgado ahora. Y encorvado. Como un muchacho. Estoy completamente perdido. Todo se ha ralentizado, como si de una ensoñación se tratara. Realmente lo parece. Como si yo no estuviera aquí, y esto no estuviera sucediendo. Como si fuera todo una aparición. Y a mí me hubieran eliminado de ella y ahora estuviera contemplándola desde más allá de mi cuerpo, viéndolo todo en una pantalla.

—Lo siento, Charlie. Siento esto, tío. No sé qué hacer.

Me vuelvo hacia Jasper Jones con los codos pegados a los costados.

—¿Por qué me has traído aquí? No debería estar aquí. Tengo que volver a casa. Debes contárselo a alguien.

—Espera, Charlie, todavía no, tío. Todavía no. —Es una petición firme. Nos quedamos callados.

—¿Por qué ha hecho esto? ¿Qué es...? Quiero decir, ¿qué? No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? —Estoy casi susurrando.

—No lo ha hecho ella. Ella misma, quiero decir. No ha sido ella.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no puede haberlo hecho, Charlie.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Es imposible. Pa empezar, mira. Mira la cuerda. ¿Ves? Es mía. Es mi cuerda. La utilizo pa lanzarme al embalse. Mira, ¿lo ves? Pero luego siempre la escondo. La enrolló en la rama esa d'ahí arriba pa que nadie la pueda ver.

Jasper habla rápido. Demasiado rápido para que pueda asimilar lo que me está contando. Y por primera vez observo lo que nos rodea. Detrás del eucalipto, cuya base es amplia y hueca, como una tienda de campaña abierta, hay un pequeño embalse. Y delante de éste, el espacio en el que nos encontramos nosotros, un claro perfecto rodeado de altos matorrales y árboles. Es un extraño enclave. Imagino que de día debe de ser un sitio curioso e increíble. Un tran-